

La calle para el miércoles 8 de septiembre de 2010

Diario de un espectador

El paquete misterioso

Miguel ángel granados chapa

En el relato de Germán Dehesa titulado "Tu y tus libros", aparecido en *Hoja por hoja*, que fue el suplemento de libros de *Reforma*, ayer nos quedamos en que pasaba unos días con su tío Eduardo, y su padre le llevaba dulces, ropa y, un día, un paquete forrado de papel de china. Y explica:

"Yo aprendí a leer desde los cuatro años, pero desde esa edad y hasta los seis, mis lecturas se circunscribieron a los cuadernos de monitos que coleccionaba mi primo Carlos y una repulsivita 'Vida de san Luis Gonzaga' que me regaló con total alevosía mi madrina Matty la mocha. Con materiales tan plebeyos construí la cimentación de mi vida de lector. Tranquilos: no voy a contar la mamona vida de Luisito Gonzaga, ni la tornalosada existencia de mi madrina. Sería bueno que lo supieran, pero temo que algunos se distraigan, otros abandonen la lectura y alguno más se suicide. Vamos a lo importante: el paquete.

Recuerdo que el papel de china era de un suave color verde limón. Riss, lo fui rasgando lentamente. Habría que escribir un voluminoso ensayo acerca del barroquismo mexicano que se hace presente en todo lo que envolvemos. Algo muy sutil en nuestro genoma nos hace percibir que cualquier cosa que no esté envuelta regiamente está como encuerada, impúdica y a merced de la lascivia popular. Entonces, cuando vamos a regalar lo que sea, le ponemos ropa interior, ropa exterior y numerosos adornos; de ser posible, la bolsa en la que va el regalo deberá retacarse también de artísticos y coloridos cucuruchos de papel de china. Pero ya me volví a distraer.

La revelación, el tabernáculo, el hipogeo secreto, el Santo Grial, todo eso estaba frente a mí. Mark Twain. *Las aventuras de Tom Sawyer*. Así decía la portada de mi primer libro, mío de mí, de mi biblioteca. Cincuenta años largos he dedicado a hacer lo mismo que hice aquella noche milagrosa. Junté varias almohadas de modo que al recostarme quedara yo reclinado; hecho esto, tomé mi libro y no lo solté hasta que se resolvió el emocionante caso de Joe el indio que secuestraba niños y nomás andaba por el pueblo de san Petersburgo, Missouri, chinga y chinga. Desde entonces soy amigo de Becky Thatcher, Huckleberry Finn, la tía Polly, y sobre todo de Mark Twain, un hermoso ser humano que, a la muerte de su compañera de toda la vida. Llamada Eva, hizo esculpir el siguiente epitafio: Donde tu estabas, allí era el paraíso.

Esto último viene y no viene muy a cuento, pero ocurre que si tropiezo con algún libro que me gusta, no descanso hasta saber la historia del libro y la historia de su autor.

Entiendo que he sido prolijo, pero Juana Inés Dehesa me ha pedido que cuente cómo es mi relación con los libros. Yo contesto que a todos los he tratado como al primero, como si fueran un milagro; jamás los subrayo, ni les doblo la esquinita de la página ni ninguna otra guarrada. La única novedad es que, si no me gustan, los tiro.

Se que mi biblioteca se está mermando gravemente. Juana Inés y gente de su calaña se dedican a ejercer con constancia el robo-hormiga. No me importa. El libro sólo es libro cuando alguien lo lee. Yo, por obra y magia de estos renglones, rass, estoy rasgando un papel de china, y a punto de leer Tom Sawyer, de Mark Twain”.

Como es fácil suponer, Juna Inés Dehesa es hija de Germán. Fue jefa de redacción de Hoja por hoja. Tras estudiar letras en la UNAM, se dedicó a la literatura para niños.